

Qué son y qué pretenden

Alejandro Tiana Ferrer *

El indicador es un instrumento que proporciona información relevante acerca de algún aspecto significativo de la realidad educativa. En este artículo introductorio, se define el concepto de indicador, su origen histórico, sus distintos usos, la diferenciación entre indicadores simples y sistemas de indicadores, y su capacidad de diagnóstico.

Indicadores educativos, política educativa.

En los últimos tiempos se oye hablar cada vez más frecuentemente de indicadores de la educación, en contextos muy diferentes y haciendo referencia a realidades diversas. Sin duda, estamos ante uno de esos términos polisémicos, de una gran diversidad de significados y usos, que abundan en el lenguaje educativo y que requieren aclarar qué entendemos por ellos. No está, pues, de más comenzar este monográfico preguntándonos qué debemos entender por indicador y cuál es su sentido.

El concepto

El Diccionario de la Real Academia Española señala que un indicador es aquello «que indica o sirve para indicar», y entiende por este último término «dar a entender o significar una cosa con indicios o señales». Aunque esta definición pueda parecer excesivamente genérica, supone una primera orientación en la búsqueda del significado del término.

Si nos remontamos al origen histórico de los indicadores, quizás comprendamos algo mejor qué son y qué pretenden. En efecto, es importante destacar que los primeros indicadores desarrollados fueron los económicos, con el propósito de facilitar la comprensión y la representación de una realidad compleja a través de un conjunto limitado de datos significativos. Del éxito de la tarea de construcción de los indicadores económicos da fe el uso tan frecuente de algunos de ellos, como los de producto interior bruto, renta per cápita, índice de precios al consumo y otros que son manejados a diario tanto por los economistas como por los no especialistas.

En los años sesenta, la difusión y aceptación de los indicadores económicos llevó a algunos científicos sociales a plantearse la posibilidad de emprender una tarea semejante en un ámbito más amplio, relativo al funcionamiento de las sociedades. Así fueron surgiendo indicadores demográficos, de la salud, de la calidad de vida y, como no podía ser menos, de la educación. Aunque habrían de pasar bastantes años antes de que algunos de esos nuevos planteamientos arraigaran, ya desde entonces comenzó a extenderse el interés por estos nuevos instrumentos, que, sin embargo, prometían más de lo que todavía eran capaces de lograr.

De aquella definición y de esta génesis se desprende una idea central, que es necesario subrayar: un indicador no es más que una señal que permite captar y representar aspectos de una realidad que no son directamente accesibles al observador. De igual modo que el conductor cuenta en su tablero de instrumentos con indicadores de la temperatura del agua o del aceite y que el químico dispone de indicadores que le permiten apreciar la existencia de una determinada reacción, el científico social construye indicadores que le permitan acercarse a diversos aspectos de su ámbito de trabajo.

Descendiendo al terreno de la educación, un indicador no es sino un artificio que proporciona información relevante acerca de algún aspecto significativo de la realidad educativa. Lo más habitual es que dicho artificio consista en algún tipo de dato de carácter cuantitativo, generalmente una medida estadística. Sin embargo, hay que romper con la idea de que un indicador es por definición un dato numérico. El uso del término artificio no es casual, sino que responde a la experiencia habitual. En muchos sistemas de indicadores se incluyen algunos no cuantitativos, recurriendo a gráficos u otras representaciones de la realidad.

Pero es justo reconocer que la mayor parte de los indicadores son de carácter cuantitativo, aunque se refieran a aspectos cualitativos de la realidad. La posibilidad, adecuación y validez de los procedimientos para transformar una realidad cualitativa en un dato numérico es

precisamente uno de los aspectos que más discusión ha generado entre los partidarios y los detractores de este tipo de instrumentos.

Los usos

Así pues, los indicadores son instrumentos que sirven para explicar una parcela de la realidad social (en este caso, educativa). Sin embargo, no hay que atribuir la clave de su éxito, de su aceptación, solamente a su capacidad de explicación. Los científicos sociales utilizan otros muchos recursos para conocer e interpretar la realidad que abordan. Los indicadores no son sino un instrumento de alcance limitado. ¿Por qué entonces su difusión?

Sin duda, el motivo principal se encuentra en dos de sus rasgos definitorios: su carácter sintético y su capacidad para orientar en la toma de decisiones. Por una parte, la selección de un conjunto limitado pero significativo de indicadores permite hacerse una idea sintética del funcionamiento de una determinada realidad. No quiere decir ello, como erróneamente se piensa a veces, que los indicadores expliquen las relaciones causales que existen en la realidad que representan (qué cosa produce qué efecto), ni que permitan extraer conclusiones unívocas (qué debe hacerse necesariamente) a partir de ellos. Su contribución consiste más bien en iluminar dicha realidad y aportar elementos de juicio para interpretarla (Bryk y Hermanson, 1994).

Por otra parte, ese carácter sintético e iluminador ha atraído la atención no sólo de los científicos sino, muy especialmente, de quienes necesitan contar con una información manejable para tomar decisiones del nivel que fueren. Los responsables políticos, los administradores públicos, los equipos directivos, todos ellos se muestran interesados por un instrumento que les permite destacar de modo sintético lo más relevante de su campo de actuación y orientar así (o explicar) la toma de decisiones. Esa experiencia es la que ha llevado a algunos a argumentar que la construcción de un indicador no es un proceso puramente científico o técnico, sino el resultado de una compleja interacción entre un proceso cognitivo y otro político (Bottani y Tuijnman, 1994). En este contexto, la negociación llevada a cabo entre los distintos actores educativos para la definición de indicadores desempeña un papel fundamental. Esa naturaleza política (utilizando el término en sentido amplio) de los indicadores ha sido también objeto de muchas críticas. No son pocos los que, como hacía José F. Angulo en las páginas de esta misma revista («El caballo de Troya», 219, noviembre 1993), consideran que los indicadores constituyen un instrumento vinculado a una conducción tecnocrática de la educación y poco útil para la mejora de la práctica educativa.

Dichas críticas, teniendo parte de razón en sus argumentos, tienden sin embargo a magnificar el papel que instrumentos como los indicadores pueden desempeñar en la reflexión educativa. Como se indicaba antes, la explicación e interpretación de la realidad es una tarea compleja (tan compleja, al menos, como la propia realidad) que exige de diversos enfoques, herramientas y aportaciones. Los indicadores no son sino una de tales herramientas, a la que no se debe pedir más de lo que puede ofrecer.

Al igual que los indicadores macroeconómicos pueden ser utilizados desde puntos de vista diferentes para analizar la realidad económica, sin esconder el debate político o ideológico de fondo, lo mismo podría decirse de los educativos. Son muchos quienes consideran que el principal interés de los indicadores radica en que aportan una información relevante acerca de los fenómenos educativos, capaz de sustentar un debate público e informado acerca de los mismos. Entre otras virtudes, tendrían la nada desdeñable de objetivar el debate educativo en las sociedades democráticas, proporcionando una información pública, relevante, significativa y fácilmente comprensible para los ciudadanos. Más allá de la pura retórica, la experiencia que comienza a desarrollarse en algunos países permite afirmar que ésta es una de sus posibilidades más atractivas.

Indicadores simples o sistemas de indicadores

Si el principal interés de los indicadores consiste en ofrecer una información sintética, relevante y significativa sobre una parcela de la realidad, es lógico que se haya preferido la construcción de sistemas de indicadores a la utilización de indicadores aislados. En efecto, la combinación de un conjunto integrado de ellos permite abarcar un campo más amplio, como en el caso del sistema educativo, cubriendo ámbitos complementarios y potenciando así su capacidad interpretativa.

Mientras que la OCDE maneja en torno a unos cincuenta indicadores de los sistemas

educativos, países como Francia los limitan a treinta. En cualquier caso, la tendencia más común es la de integrarlos en conjuntos articulados.

Para que un sistema de indicadores refleje adecuadamente una realidad compleja, deben constituir un conjunto organizado y coherente de la misma (y no una simple yuxtaposición de datos), que sea capaz de representar no sólo parcelas aisladas, sino también las relaciones que existen entre ellas, y apoyarse en alguna teoría o modelo de los procesos educativos.

Sin duda, este último es su punto más vulnerable, puesto que las ciencias sociales se hallan todavía lejos de poder ofrecer una teoría integrada de los procesos educativos, que incluya su organización y funcionamiento y sus resultados. Los sistemas de indicadores más habituales han adoptado aproximaciones pragmáticas, con modelos teóricos sencillos (del tipo del de contexto-recursos-procesos-producto). Aunque ello ha permitido recorrer cierto camino, puede advertirse una cierta falta de rigor conceptual.

Además de las condiciones señaladas, se acepta generalmente que los indicadores deben referirse a rasgos estables del sistema educativo, deben suministrar una información relevante y fácilmente comprensible, deben contar con aceptación y credibilidad y su obtención debe ser viable.

Diagnóstico

Si los indicadores constituyen una representación sintética de una determinada realidad, su principal utilidad debe ser la de ofrecer una perspectiva general acerca del estado o situación de la misma.

Varios autores han utilizado símiles médicos para definirlos; es el caso de J. Oakes (1986), para quien el indicador es «un estadístico referido al sistema educativo, que revela algo sobre su funcionamiento o salud».

De acuerdo con esta idea, no se puede esperar de los indicadores que expliquen todos los aspectos de la realidad que abordan, ni mucho menos las relaciones de causalidad que se establecen en su interior. Lo más que razonablemente cabe esperar, y no es poco, es que representen de manera coherente dicha parcela de la realidad, que destaquen sus puntos fuertes y débiles, y que permitan un cierto grado de comparación y el estudio de las tendencias principales.

Por ese motivo, el uso de los indicadores se ha extendido con fines de diagnóstico, por utilizar nuevamente el símil médico. Una vez realizado un primer diagnóstico, será preciso realizar nuevas exploraciones para comprender mejor los puntos críticos detectados. Pero no se puede negar el valor que posee esa primera aproximación.

En general, hoy tiende a considerarse que los indicadores permiten aumentar nuestro conocimiento de los problemas educativos, aportan interpretaciones de los mismos y proporcionan información para discutir posibles soluciones a los problemas detectados. Así, se convierten en instrumentos que pueden desempeñar un papel relevante para la objetivación del debate educativo en las sociedades democráticas.

De acuerdo con estas ideas, el uso principal de los indicadores educativos ha tenido lugar con fines de diagnóstico y en referencia a ámbitos de una cierta entidad.

Su aplicación más habitual ha tenido lugar en relación con los centros docentes y con el sistema educativo en su conjunto. Dadas las características señaladas, es lógico que precisamente en esos ámbitos se hayan desarrollado sistemas de indicadores, con la finalidad de valorar su estado y condición. A través de tales aportaciones, los indicadores han encontrado un lugar propio en el seno de los mecanismos de evaluación del sistema educativo puestos en marcha en los últimos tiempos.

Referencias bibliográficas

BOTTANI, N., y TUIJNMAN, A. : «International education indicators: framework, development and interpretation», en CERI: **Making Education Count. Developing and Using International Indicators**, París: OCDE, 1994, pp. 21-35.

BRYK, A., y HERMANSON, K.: «Observations on the structure, interpretation and use of education indicator systems», en CERI: **Making Education Count. Developing and Using International Indicators**, París: OCDE, 1994. pp. 37-53.

OAKES, J. (1986): **Educational Indicators: a guide for policymakers**, Santa Monica (CA): The Rand Corporation /Center for Policy Research in Education., 1986.